

La traducción humana, divino tesoro

Desde diferentes rincones, se amenaza con la prescindencia del traductor. Hay quienes aseguran que serán superados por los programas de traducción automática, otros creen que bastará con conocer un idioma para ejercer este trabajo. Sin embargo, los hechos demuestran que la tarea del traductor se vuelve cada día más importante y que la calidad del profesional es más que necesaria. Sin traductores de carne y hueso no hay puente cultural.

El 2 de mayo pasado, se conoció una noticia que dio la vuelta al mundo, dada la importancia que adquirió para los usuarios de uno de los principales servicios de correo electrónico: Gmail. El correo electrónico de Google incorporó una herramienta que permite traducir los mensajes escritos en otro idioma de forma automática. Será posible escribir un correo en español y enviárselo a una persona en inglés, francés o hasta japonés sin necesidad de conocer la lengua.

La función ya existía para quienes usaban Gmail Labs, la versión profesional para personas del mundo de los negocios. Pero ahora, se agregará progresivamente a la cuenta de todos los usuarios. En breve, se va a poder usar la opción de «traducir el mensaje».

«Dado su éxito, decidimos hacerlo masivo. Algunas personas solo quieren una manera más fácil de leer los *newsletter* de otros países. Un hombre nos contó también que lo configuró de manera que su madre pudiera ver todo en su idioma y que así se evitó que lo siguiera llamando para preguntarle qué significaba cada cosa», escribió el mánager de Google Translate, Jeff Chin, en el blog de la compañía.

Hasta aquí, la noticia de una herramienta que puede ser entendida como algo tan útil como ingenuo. Ingenuo porque no muestra qué es lo que contiene en sí misma. Esconde una trama donde no solo se pierde la calidad del texto, sino que se corre el serio riesgo de cometer graves errores de comprensión del texto original. Y ambas cuestiones se banalizan y se dejan libradas al azar.

Pero no solo se atenta contra la traducción y los traductores, sino también contra las lenguas, que sufren un violento empobrecimiento de sus características, y se las va reduciendo en el vocabulario y en la belleza particular que cada una de ellas posee. La traducción automática no tiene reflejos y todavía está muy lejos de poder identificar los colores y las texturas de las palabras, el sonido de cada expresión.

Días atrás, leíamos en la revista dominical del diario *La Nación* del 6 de mayo que Santiago Bilinkis, gurú informático y creador de Officenet (venta en línea de artículos de oficina), respondía lo siguiente a la pregunta del periodista:

¿Qué carrera les dirías a tus hijos que no estudien porque no va a existir?

La más obvia es traductorado público. La traducción de computadoras cada vez es más precisa. Todavía es pobre, pero avanza. En 10 años prácticamente no quedará trabajo para la traducción. La charla TED de Luis Von Ahn (inventor de Duolingo, un traductor colaborativo online) generó furia de los traductores: «Nos van a dejar sin trabajo, esto hay que pararlo», escribían en los comentarios. Esto no para. No maten al mensajero, el problema está y va a suceder.

Un argumento que no solo no es desarrollado por el entrevistado, al no disponer de mayores elementos para exponerlo, sino que tampoco se sostiene en sí mismo con las tendencias que se multiplican en todos los rincones del mundo.

«Vivimos la era de la traducción», decía el semiólogo italiano Paolo Fabbri de visita en Buenos Aires. Se refería no solo al valor lingüístico del traslado de un texto de un idioma a otro, sino también al valor semiológico; es decir, la idea de traducir conceptos, ideas, culturas, más que palabras aisladas. Una necesidad acrecentada desde que la globalización en todas sus facetas transformó la vida de todas las personas en el mundo entero. El gran escritor y periodista mexicano Juan Villoro lo expresa de este modo: «Toda lengua tiene peculiaridades imborrables, semejantes al sabor de los primeros frutos y a las voces dispersas de la infancia; no puede existir sin nociones del tiempo territorio. El "color local" es una ilusión literaria imprescindible. Y no me refiero al pintoresquismo o al exitismo de bazar, sino al necesario contacto de un idioma con su época».

Los organismos internacionales, el mundo de la economía y las finanzas, el derecho y la política en general necesitan cada vez más de los traductores para tener una comunicación más fluida entre todos los que participan en las negociaciones y discusiones. El respeto por la diversidad lingüística agrandó el escenario de la traducción.

Para ello y para mucho más son necesarios los traductores en general. ¿Pero qué hay de los traductores públicos? El traductor público es el único profesional de la traducción habilitado para darle validez legal a una traducción mediante su firma y su sello. De este modo, su presencia se hace imprescindible cuando se quiere garantizar la seguridad jurídica en las diferentes transacciones. Solo al traductor público le compete traducir al español todo documento en idioma extranjero que se deba presentar ante reparticiones, entidades u organismos públicos y estará en condiciones de refrendar la traducción de un documento del español a otro idioma extranjero.

Ya lo señalaba el premio nobel de literatura José Saramago: «Como cualquier acto de escritura, la traducción siempre se emprende desde un terreno específico: el idioma del traductor, pero también desde el contexto cultural y sociohistórico en el que lleva a cabo su tarea. Traducir no es solo trasponer un texto de un sistema lingüístico a otro: también es, como mínimo, reescribirlo en otro sistema literario, en el contexto de la lengua de destino. Se traduce al lugar y la época específica de una lengua».

La traducción y los traductores suelen ser blancos de ataques en distintos escenarios y con intenciones diferentes. Sin embargo, a pesar de los embates, no hay dudas de que están garantizados la necesidad y el disfrute de una profesión histórica y de sus hacedores. ■